

LA PAIDEIA CRISTIANA Y SU PRESENCIA EN LA TRADICIÓN MONÁSTICA

Introducción

Si nos referimos a un tema tan largamente estudiado como la *paideia* en el mundo griego, es porque nos parece que en el desarrollo del mundo antiguo la clarificación de su contenido ha ido en un crecimiento cada vez mayor y que, en el siglo VI monástico, tanto en occidente como en oriente, alcanza una expresión muy rica que esclarece, a su vez, la presentación de los siglos precedentes.

Es por eso que nuestras reflexiones pueden ayudar a dar algunas precisiones al pensamiento del gran estudioso W. Jaeger². Como todo gran maestro, el pensamiento de Jaeger puede ser entendido de distintos modos, nunca contrarios pero sí complementarios y mayores. Es por eso que creemos que hay una cierta comprensión de sus escritos que no expresa toda la riqueza de su significado, pero también debemos decir que el mismo Jaeger da pie a ese tipo de situación, pues acentúa el denominador común a la *paideia* griega y la cristiana, perdiendo de vista, algunas veces, la especificidad propia en la tradición cristiana.

Por otra parte hacemos estas observaciones desde el mismo lugar en que la *paideia* cristiana alcanzó su máximo exponente y permanece todavía viva, según lo dice el mismo Jaeger, es decir, desde la vida monástica³. Ella no sólo conserva los grandes monumentos de la *paideia* antigua

¹ Abad de la Abadía Benedictina de San Benito, de Luján (Argentina).

² Nos referimos a su obra póstuma *Early Christianity & Greek Paideia*, Oxford 1961 (traducción española en el Fondo de Cultura Económica), y que reproduce el curso dado en Harvard en 1960. De algún modo esta obra debe ser considerada como inconclusa pues el profesor la veía como una introducción a un trabajo más amplio que pensaba realizar en los años sucesivos. Lo citamos como “Jaeger” y número de página.

³ Jaeger 86 ss.



como una tradición, sino como una vida que permite confrontar lo escrito con lo vivido, lo antiguo con lo presente, arrojando una luz no siempre perceptible fuera de ese mundo monástico.

El aporte específico del movimiento monástico del siglo VI

Herederos de la gran tradición precedente, los monjes del siglo VI son representantes de una reflexión y una literatura específicamente cristiana y monástica que, en muchos casos, entra en confrontación con la misma sabiduría cristiana erudita, como se da en forma contemporánea en distintas escuelas cristianas⁴ (como las de retórica en Gaza, Antioquía, Beirut y Alejandría; y las escuelas catedralicias en occidente), herederas de la gran tradición clásica y representantes de la fusión que se está dando entre la cultura pagana y la cristiana, estudiada por Jaeger.

Y para entrar directamente en el tema que nos interesa afirmamos que los Padres griegos, y los primeros cristianos, toman el concepto de *paideia* de la misma Biblia *Septuaginta*, o de los Setenta, que es la traducción griega de la Biblia hebrea realizada en Alejandría a partir del siglo III, bajo el influjo de la cultura griega que, entre otros grandes personajes, dará al mundo a un Filón, en el siglo I.

En esta Biblia griega, heredada por los cristianos, se traduce de forma sistemática el concepto hebreo *yasar*, equivalente a *disciplina* (o *castigatio*), por *paideia*⁵. El término hebreo hace referencia al proceso de corrección (y castigo), en un marco de relaciones filiales. Y, por eso mismo, tiene todo un entorno de conceptos y verbos que lo acompañan, principalmente el verbo *elénjô* (*corregir, poner a prueba*), con el que *paidéuô*, siguiendo los principios de la retórica hebrea, es puesto en paralelo sinonímico.

Sin embargo la cristiandad naciente lee ese Antiguo Testamento griego a la luz del Nuevo, en el que el concepto *paideia* recibe sus últimas precisiones cristianas. Sin embargo, más que un esclarecimiento terminológico, lo que ven los primeros cristianos en el Nuevo es la concreción en la realidad de lo que en el Antiguo parecía sólo una metáfora. En efecto, esos textos que hablaban de la *paideia* en el Antiguo Testamento ahora reflejan todo lo que encerraban: Dios es un Padre que rescata a los hom-

⁴ También con la aparición de las Universidades católicas de los siglos XII y XIII se producirá una ruptura entre el concepto monástico de *paideia* y el de las universidades, mucho más inclinadas, por el uso de la filosofía griega, al concepto pagano de la misma.

⁵ Cf. voz *Paideuô*, en *Grande Lessico del Nuovo Testamento* (F. Kittel, G. Gerhard), vol. IX, 105-190, a c. de G. BERTRAM, Brescia 1974.

bres de una esclavitud para llevarlos, en su Hijo eterno, a una vida de filiación. Y el camino de esa filiación se presenta bajo la forma que reviste en Cristo: la Cruz. Por eso la *paideia* es la acción de Dios que da a luz en el hombre una disposición filial, manifiesta en la escucha y en la obediencia. Y, dada la herida del hombre, esa escucha y obediencia asume el carácter de una *correctio o disciplina (paideia)*. Toda otra virtud, ascesis, formación y cultura, que no logre este cometido –del espíritu filial–, no puede recibir el nombre verdadero de *paideia*. Es más, y así lo veían los primeros cristianos, una gran cultura teológica y una vida estrictamente ascética, dos pilares de la *paideia* pagana, ahora pueden ser grandes obstáculos para la nueva *paideia* cristiana, en cuanto encierran al hombre en una autosuficiencia muy lejana a la sujeción filial a Dios Padre.

Nos sorprende que Jaeger no recurra a esta fuente bíblica, tan importante para los primeros cristianos, para esclarecer el concepto de *paideia*, y prefiera en todos los casos utilizar los textos en que estos autores asumen el concepto pagano de la misma. Tal vez la teología protestante haya influido en Jaeger que, en su reforma, ha hecho un giro en el mensaje y vida cristianas que tienden a reducir lo cristiano a un proceso inmanente al sujeto, debilitando el primado de la filiación que, en el pensamiento de Pablo de Tarso, es la novedad de lo cristiano. También hay que reconocer el gran obnubilamiento que produjo, en la primera mitad del siglo XX, el reconocimiento del uso que los Padres de la Iglesia hicieron de la herencia clásica y la filosofía griega, tal como señalaba Daniélou en *Platonisme et théologie mystique*⁶, lo que llevó, muchas veces, a leer a estos Padres como si fueran simples continuadores de filosofía y *paideia* griega.

Por otra parte la naturaleza misma de la filiación divina, que no permite reducirse a un estado o una realidad puramente inmanente ni estática, hace comprensible la tendencia a confundir y reducir lo propio de la *paideia* cristiana a su dimensión cultural o antropológica, equiparándola a un sistema dogmático o una vida simplemente virtuosa. Y esta confusión manifiesta su primer antecedente en la predicación misma de Cristo, que recibe el rechazo y oposición por parte de la cultura religiosa *yahvista* y de los virtuosos de la religión de Israel, como eran los fariseos y saduceos, condenándolo por considerarse “Hijo de Dios” (*Páris Kyriou: Mt 26,36; Jn 5,18*).

Esta reducción de la *paideia*, tal como la presenta Jaeger, conlleva, además, un rechazo hacia el estado monástico, que es interpretado bajo este tipo de consideración inmanente y, por tanto, recibe en el

⁶ Paris 1944.

mundo protestante su abolición y supresión, como un modo exteriorista y artificial de vivir la novedad del cristianismo.

Cristo, el *Paidós* del Padre

Decíamos que los primeros cristianos veían en el Nuevo Testamento un esclarecimiento no sólo terminológico para el concepto de *paideia*, sino un nuevo planteo de las relaciones entre Dios y los hombres. En efecto ahora, en Cristo, todo se ve claro: la relación que Dios quiere tener con los hombres es la relación de un padre con sus hijos, porque Él es Padre desde la eternidad, y la vida consiste en la generación paternal de hijos. Y por eso la relación con Él reviste la forma de una *paideia*.

Pero los primeros cristianos vieron esta filiación prefigurada en el Antiguo Testamento griego, con la figura del *Páis-Kyriou* (*Siervo del Señor*), en quien los cristianos contemplaron el anuncio de Cristo, como Hijo del Padre, que acepta su *paideia-correptio*⁷. Y su profeta fue Isaías que, en unos maravillosos poemas de la literatura hebrea decía:

Creció como un niño pequeño (paidós), como una retoño delante de Él (Yahvé) (Is 53,2 LXX).

Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molidos por nuestras culpas; él soportó la corrección (paideia) que nos trae la paz. (Is 53,5).

Los primeros cristianos vieron en este *pais*, que carga con la *paideia* de Dios, el anuncio de la filiación divina que, en Cristo, se realiza en un proceso que es la Cruz. Crisóstomo, en la Constantinopla del siglo IV, comentando los Salmos, ve el proceso Pascual de Cristo de pasión y muerte, como una *paideia*, es decir, como el proceso por el cual el hombre adquiere la condición de hijo de Dios. Y por eso, siguiendo a los tres textos del Nuevo Testamento que aplican a Cristo el salmo pascual 117, pone en la voz de Cristo las palabras del versículo 18⁸, que dice:

⁷ Un texto que refiere la *paideia-correptio* a todo israelita es *Dt* 8,5 que dice: *Recuerda en tu corazón que Dios te corrigió (yasar-paideusei) como un padre corrige (yasar-paideusai) a su hijo*. El texto se está refiriendo a los cuarenta años de padecimientos de Israel en el desierto al salir de Egipto.

⁸ Usamos la numeración de la Biblia griega *Septuaginta*. Crisóstomo, *Exposit. In psalm 117*, PG 55,334-335.

*Me corrigió, me corrigió el Señor (paidéuon epáideuse me Kyrios)
Pero no me entregó a la muerte (v. 18).*

También la Resurrección, junto con la Pasión-Muerte, es interpretada por Pablo como un “engendramiento filial”, es decir, como una *paideia* (cfr. *Hch* 13,33; *Sal* 2,6).

Hacia este punto converge toda la línea interpretativa de la *paideia* que presentan los cristianos en sus primeras predicaciones, en la vida de los mártires y luego en los monasterios. Podemos tomar el testimonio de Clemente de Alejandría quien, en torno a la persecución de Septimio Severo escribía en su *Protréptico*:

Podría citar innumerables textos de la Escritura, de la que “ni un signo pasará” sin que se cumpla, pues “es la boca del Señor”, el Espíritu Santo “quien las ha proferido”. *No desprecies, pues, hijo mío, la “paideia” del Señor, y no te descorazonas por sus correcciones (Pr 3,11; Hb 12,5).* ¡Oh, qué gran filantropía, no es como un profesor (*didáskalos*) corrige a sus alumnos, o un maestro a sus servidores, o un dios a los hombres, es “como un padre cariñoso” (*Odisea* II,47) que reprende a sus hijos! Moisés decía que “tenía pánico y temblaba” cuando oía hablar del *Logos*, ¿y vosotros escucháis al divino *Logos* mismo sin experimentar temor?... Venid, venid mis jóvenes amigos *porque si no os hacéis como niños (paidía) y no renacéis* (cf. *Mt* 18,2), según la palabra de la Escritura, puede ser que no encontréis a aquél que es vuestro Padre, ni “entréis en el Reino de los Cielos”. ¿Cómo, en efecto, va a dejar entrar a un extranjero? Pero pienso que, una vez inscrito y recibido como ciudadano y provisto de un padre, entrará a tomar posesión de los bienes del padre (cf. *Lc* 2,49) y, juzgado digno de la herencia, participará del reino paternal con el mismo Hijo bien amado (cf. *Mt* 3,17). Es entonces la Iglesia de los recién nacidos, inscritos en el cielo, y celebrando sus fiestas con las “miríadas de ángeles”. Somos niños recién nacidos, lactantes de Dios y verdaderos amigos del “primer nacido”...⁹.

Dado que la *paideia* y el *paidagógo* es la formación de la imagen del hijo en el hombre, Clemente reconoce que sólo Cristo, el Hijo de

⁹ *Protréptico* IX,1-2.

Dios, puede ser el *pedagogo*¹⁰. La frecuencia con que Clemente se refiere a esta nueva *paideia-correptio*, en el marco de la sabiduría y del *Logos* divino, desconcierta a los traductores, que no se atreven a relacionar la *gnosis* con la *correptio-paideia*, tal como lo hacían estos Padres griegos, perdiendo así toda referencia propiamente cristiana en el marco de la nueva vida divina de los hijos de Dios. Y un momento crucial de esa filiación divina es el martirio, que es tomado por los monjes del siglo VI como modelo para su vida monástica que, toda ella, converge hacia la ciencia divina (*gnosis*) que brota de la *paideia*.

Jaeger dice, en su curso ya citado, que Orígenes, al morir mártir, deja truncada su gran labor en la *paideia* cristiana de unir el viejo mundo greco-romano con el nuevo cristiano¹¹. Los cristianos, en cambio, consideraban que Orígenes, con su martirio, señalaba el camino de la verdadera *paideia* cristiana al poner su vida en manos del Padre, “naciendo” en forma definitiva, a la plena vida de filiación con el Padre. En efecto, Ignacio de Antioquía veía su inminente martirio, en Roma, como la plena realización de su filiación divina, al decir:

Siento en mi interior una voz que me dice: “Ven al Padre...”. Halagad más bien a las fieras para que sean mi sepulcro y no dejen rastro de mi cuerpo, a fin de que, una vez muerto, no sea molesto para nadie. Cuando el mundo no vea mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo (*A los romanos* 4,2).

Ignacio considera que recién en el momento de poner su vida en manos del Padre comienza verdaderamente su vida filial. Todo el camino hasta llegar al martirio fue una preparación y ejercitación, de lo que en ese momento se hace pleno. Y Cristo fue el pedagogo.

Los textos del Nuevo Testamento griego

Los textos que más marcaron la *paideia* cristiana no provienen directamente de la voz de Cristo, sino de sus discípulos, en particular Pablo de Tarso y el misterioso autor de la *Carta a los Hebreos*, sospechado de ser un gran filósofo alejandrino. También encontramos referencia a esta *paideia* en san Juan, el teólogo del Nuevo Testamento, en su texto más característico: el *Apocalipsis*.

¹⁰ *Pedagogo* 1,7.

¹¹ Jaeger, 69.

a. Carta a los Hebreos

Habéis echado en olvido la exhortación que como a hijos se os dirige: “Hijo mío, no menosprecies la corrección (paideia) del Señor; ni te desanimes al ser reprendido por él. Pues a quien ama el Señor, le corrige (paidéuô); y azota a todos los hijos que reconoce” (Pr 3,11-13 LXX). Sufrís para corrección (paideia) vuestra. Como a hijos os trata Dios, y ¿qué hijo hay a quien su padre no corrige (paidéuô)? Mas si quedáis sin la corrección, que a todos toca, señal de que sois bastardos y no hijos... Cierto que ninguna corrección (paideia) es, a su tiempo, agradable, sino penosa; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella (Hb 12,5-11).

Este pasaje del capítulo 12 de la *Carta a los Hebreos* suele considerarse una exhortación final a la perseverancia de los cristianos destinatarios de la misma. Sin embargo, con ello se le quita todo valor teológico. En efecto, no es una simple arenga sino un traspaso de todo lo dicho en la Carta respecto de Cristo (el haber soportado la pasión para constituirse en Hijo-sacerdote, cf. cap. 5), y que Dios extiende a todo cristiano, pues ellos también están llamados a constituirse en hijos por sus padecimientos (cap. 2,5-13). Y lo que en Cristo fue su Pasión y paciencia, en los cristianos es soportar la *paideia-correctio* de Dios, que tiene como meta la vida filial en Cristo.

En este texto de la *Carta a los Hebreos* 12,7, la *paideia* alcanza su sentido más específico, del cual derivarán los demás. Dice en el pasaje central: *eis paidéian hipoménete (soportáis para alcanzar la paideia, la filiación)*. El elemento más importante de este pasaje es el poner el peso de la *paideia* en la relación padre-hijo, que se presenta como la meta final de todo el proceso; y para alcanzar ese objetivo hay un camino propio que recibe el nombre de *paideia*: la *corrección*. La corrección es presentada como aquel proceso que lleva al hombre al descubrimiento de su relación filial con Dios y lo abre a un dinamismo continuo de comunicación con el Padre, concretado en el amor a su voluntad¹².

¹² Un texto pintoresco al respecto lo encontramos en la *Regla del Maestro* que, al referirse a la obediencia del monje, al comentar el Padre Nuestro, dice: “Por tanto, al decir: *Padre nuestro que estás en los cielos* (Mt 6,9), hemos de mostrarnos en el futuro, hermanos, tales cuales Dios desea tenernos como hijos. Así la divinidad nos dará justamente el nombre de hijos, al comprobar que nuestra voluntad no difiere de la suya. Pues verdadero hijo es el que se parece a su padre no sólo física, sino moralmente (*Thp* 12-14).

b. *Apocalipsis*

Al comenzar el libro del Apocalipsis el apóstol Juan presenta siete cartas a las siete Iglesias que, en su momento, simbolizaban a toda la Iglesia. Y en ellas se revela lo que el Espíritu quiere decirles. Y la tónica general de esos mensajes es el de una *correptio-paideia*. Y en la séptima, la más conocida, dice:

No eres frío ni caliente... Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas, vestidos blancos para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y un colirio para que te des en los ojos y recobres la vista. Yo a los que amo, los reprendo y corrijo (paidéuô) (cf. Pr 3,11). Sé, pues, ferviente y arrepiéntete (Ap 3,18-19).

San Juan recibe la revelación de que el Espíritu obra sobre las iglesias bajo la forma de una *paideia*.

Más allá de que la *Carta a los Hebreos* y el *Apocalipsis* son textos que, en los primeros siglos de la Iglesia, tuvieron una difícil recepción en el canon de los Libros Sagrados, sin embargo su uso estaba bien difundido entre los Padres de la Iglesia, así como su uso específico para hablar de la nueva *paideia* cristiana¹³.

La *paideia* en la historia, en la retórica y en la liturgia

Como dijimos, los primeros cristianos ven un desarrollo del Antiguo al Nuevo Testamento que encierra una paulatina revelación de la *paideia* divina. Ella estuvo siempre presente, pero los hombres no la reconocieron, hasta que fue necesario que se manifestase en el *Pais-Kyriou*, el Hijo de Dios, quien acepta el tratamiento paternal de Dios en la *paideia-correptio* de la Cruz. Esta grandiosa historia de la humanidad se presenta entonces como una historia de la salvación que, por etapas, se va orientando hacia la revelación de la paternidad divina en la Cruz de Cristo. Los cristianos vieron que esa mega-historia es la que debe preceder al sacramento-símbolo de la muerte y resurrección de Cristo –la Eucaristía–, como el momento constitutivo de la filiación con Dios. De este modo esa *storia salutis* o economía de la salvación muestra su orientación final hacia

¹³ Basta consultar la *Biblia Patristica. Index des citations et allusions bibliques dans la littérature patristique*, Paris 1975.

la constitución de la relación filial con Dios, manifestando así que toda la historia es una gran *paideia*. Y esa historia recibe el nombre de *Anáfora*¹⁴.

La *Anáfora*, figura clásica de la retórica griega¹⁵, es uno de los frutos más grandes de la retórica cristiana que se dirige a relevar esa *paideia* divina¹⁶ en la historia y que, gracias a la *anámnesis* litúrgica (el memorial), esa historia está viva y presente en el corazón mismo de la Iglesia: en la Eucaristía.

Las principales anáforas pertenecen a los grandes Padres griegos: Crisóstomo, Basilio y Gregorio de Nacianzo, y se utilizan hasta el día de hoy en la Iglesia oriental. En la latina, ha quedado, hoy, reflejada por la Plegaria Eucarística IV, que busca ser una breve historia de la salvación, cuyo dinamismo es el de la *paideia* divina.

A modo de ejemplo, la Anáfora de Santiago, en Jerusalén, dice así:

Santo eres, en verdad, Señor universal, todopoderoso,
terrible, bueno, entrañable.
Tú que miras con particular simpatía hacia tu obra
y has hecho al hombre de la tierra a tu imagen y semejanza
y gratuitamente le diste las delicias del paraíso.
Cuando él quebrantó tu mandato y cayó,
no lo miraste con desprecio, ni lo abandonaste, ¡oh Bueno!
antes bien, como Padre entrañable, lo corregiste (*paideuein*),
lo llamaste por la ley,
mediante los profetas lo guiaste como a un niño (*paidagogo*)...
(cf. *Dt* 8,5).

Como dice Sánchez Caro: “Todo el A.T. está así presentado como un conjunto de indicaciones que simultáneamente señalan a Cristo y hacia él conducen. Pero no eran una pedagogía e indicación sólo para el pueblo hebreo, sino que siguen siéndolo para nosotros: aquellos aconteci-

¹⁴ Estrictamente hablando se debería decir “la conmemoración histórico salvífica” de la anáfora. Pero como ella abarca la mayor parte de la anáfora, e incluso marca todo su estilo, decimos simplemente “la anáfora”.

¹⁵ LAUSBERG, H., *Handbuch der Literarischen Rhetorik*, München 1973, 629-630, y SÁNCHEZ CARO, J. M., *Eucaristía e historia de la salvación*, Madrid 1983, 413-420. Sánchez Caro señala el tema de la “pedagogía” divina en las anáforas, de un modo particular, en la de Jerusalén (cf. 218-220 y 411 ss).

¹⁶ Este sentido de la historia de la salvación como un *paideia*, es decir, como un camino de filiación, llevó a que fuese usada en el bautismo, momento crucial del nuevo nacimiento del cristiano (cf. SAXER V, *Les rites de l'initiation chrétienne du I^{er} au VI^e Siècle*, Spoleto 1988, 314-315).

mientos eran figuras de la realidad que nosotros vivimos (cf. *1 Co* 10,6-11) y han sido escritos para aviso de los que ya hemos llegado a la plenitud de los tiempos (*ibid.*, 11) y para que sepamos descubrir en nuestras dificultades de hoy la mano educadora de un Dios que, si castiga, es porque es Padre (cf. *Hb* 12,5-13)¹⁷.

Sin embargo esta presentación de la *anáfora* eucarística y su historia de la salvación como una *paideia* puede volver a entenderse en un sentido reductivo, y normalmente así sucede. Se trataría de una “acción pedagógica” de Dios, que envía distintas mediaciones para salvar al hombre de su pecado y, ante el fracaso de ellas y de los padecimientos que el mismo desorden del pecado produce a la humanidad, finalmente, Dios envía a su Hijo. Esta presentación de la historia es habitual, pero no se trata de lo que estamos queriendo decir. Y a eso es a lo que la reduce W. Jaeger¹⁸. Cuando decimos que la Plegaria Eucarística hace una conmemoración de la historia de la salvación como una *paideia* queremos decir que, en todo momento, Dios, en medio de los trastornos que el hombre sufre por el pecado, busca suscitar en los hombres una respuesta filial, y no lo consigue. Entonces, cuando llega la plenitud de los tiempos envía a su Hijo que, hecho hombre en Cristo, asume toda la historia de padecimientos del hombre en sus propios padecimientos en la Cruz, con una disposición filial, viviendo en la muerte-resurrección el momento culminante de su filiación, como dice Pablo a los cristianos de Antioquía:

También nosotros os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres, Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en los salmos: “Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy” (Hch 13,32-33; cf. Sal 2,7).

Por eso Cristo asume la *paideia-correptio* de la historia de Israel y de la humanidad entera en su propia pasión y Cruz, y la asume como un *pais*, como un hijo. Ese espíritu de filiación, como dice san Pablo (*Rm* 6,8), es el que el hombre recibe en el bautismo y el que se hace vivo y dinámico por el proceso de *paideia-correptio* que todo hombre vive en esta

¹⁷ *Ibid.*, 217-218. En la historia de la Iglesia, como continuadora de esa *historia de la salvación* del Antiguo y Nuevo Testamento, también se verifica ese proceso por el cual los cristianos van decayendo en su fervor e intensidad de vida como hijos de Dios, y entonces el Espíritu suscita a un santo que renueva y hace presente lo más profundo de la vida divina recibida en el Bautismo, y que señala la *paideia* divina como única fuente de santidad para el hombre. Así se puede recordar a un san Francisco, a santa Teresita y otros, que marcaron muy fuertemente a la Iglesia y la marcha de la historia de los hombres.

¹⁸ Jaeger 66-68.

vida, en su relación con Dios, cargando su Cruz. Y su objetivo se alcanza solamente cuando el hombre, gracias a y por esa *paideia-correptio*, descubre que Dios es su Padre, y clama: ¡*Abba, Padre!* (*Rm* 8,15).

Y es por eso que, desde siempre y en las *anáforas* más antiguas que se conocen, la Plegaria Eucarística termina con el canto del *Padre nuestro*, la oración de aquellos que se saben ahora hijos, y por ello se “atreven” a llamarlo Padre. Son los hijos (*paidía*) los que saben que todo el camino de la Cruz no es sino una *paideia*, es decir, la obra de un Padre que busca despertar en sus hijos el sentimiento y la vida filial. Por eso no se debe ver la *paideia* de la *anáfora* como un proceso que “termina” en Cristo, sino, al contrario, que recién alcanza su sentido en Cristo, el *pais Kyriou*. No se debe entender simplemente que en el Hijo somos salvados, sino que la *paideia* significa que somos salvados por haber comenzado a ser hijos, en el Hijo eterno del Padre. Y esa filiación que, como dice san Pablo, comienza en el Bautismo (*Rm* 6), no termina nunca, pues es esa agua viva de la que hablaba Cristo a Nicodemo, que brota hasta la vida eterna (*Jn* 3).

Ahora bien, más allá de que la *anáfora* es una pieza eminentemente litúrgica, sin embargo, como figura retórica cristiana y popular, se la encuentra en muchos escritos, jugando el papel de introducción a una doctrina o enseñanza de un maestro espiritual. Los casos más conocidos, para el mundo bizantino, son las *Cartas* de Antonio Abad, escritas por él mismo para las Pascuas que van del año 320 al 340, y las *Conferencias* de Doroteo de Gaza, de fines del siglo VI¹⁹. Antonio utiliza la historia de la salvación de la *anáfora* en todas las cartas, menos en la primera, repitiendo por eso siempre la misma estructura literaria. En ellas describe los pasos de la historia de la salvación, desde la creación de Adán hasta las distintas mediaciones que Dios envía para salvar al hombre (Patriarcas, Ley, Profetas) y, finalmente, la venida del Hijo de Dios, que es presentada a la luz del texto de san Pablo a los Filipenses (c. 2) y que culmina así:

Os suplico, hermanos, por el Nombre de nuestro Señor Jesucristo: penetraos bien de esta maravillosa Economía de la Salvación: Se ha hecho semejante a nosotros en todo, excepto en el pecado (*Hb* 4,15). Todo ser dotado de inteligencia espiritual –por quien ha venido el Señor– debe tomar conciencia de su naturaleza propia, es decir, le es preciso conocerse a sí mismo y llevar a cabo el discernimiento del mal y del bien, si quiere encon-

¹⁹ Se encuentra en la *Conferencia* 1,1-6, precediendo a todo el resto de sus enseñanzas a los monjes.

trar la liberación cuando venga el Señor. Llevan ya el nombre de servidores de Dios, que han logrado su liberación por esta Economía de Salvación. Pero ahí no está el término supremo. Este no es sino la justicia de la hora presente, el camino hacia la adopción filial (*Carta 2,3*).

Antonio considera que una buena penetración en esta economía de la salvación (que seguramente se inspira en la anáfora eucarística) lleva de modo natural a descubrir la adopción filial y a la conciencia de ser hijos, y por ello esa historia es vista como una *paideia*. Como todo el obrar de Dios tiende a revelar la condición filial del hombre y la paternidad de Dios, por eso recibe el nombre de *paideia*. Toda la historia de la salvación es, como decía la *anáfora*, una gran *paideia* que asume, por el extravío del hombre, un carácter correctivo y disciplinar, que es paternal.

Siguiendo esta *lex orandi* de la Plegaria Eucarística, los cristianos, desde los orígenes de la Iglesia, se impregnaron de esta *paideia* divina, muy distinta de la *paideia* pagana que tiene su término en el hombre mismo, sea bajo la forma de una cultura, sea bajo el aspecto de virtud. Doroteo de Gaza, a fines del siglo VI, haciendo uso de la historia de la salvación de las *Cartas* de Antonio, en su *Conferencia 1*, dejó también como síntesis de su enseñanza la historia de un jovencito monje que, muy rápidamente, alcanza la santidad. Muchos de los otros monjes de su comunidad, llenos de virtud y de ciencia, sin embargo cuestionan su santidad. Su biógrafo lo recuerda así:

El Anciano (Barsanufio) le respondió (a Dositeo): “Vete en paz, ocupa tu lugar cerca de la Santa Trinidad y reza por nosotros”. Cuando oyeron los hermanos la respuesta del Anciano, comenzaron a enojarse y dijeron: “¿Qué ha hecho éste? ¿Cuál ha sido su práctica para merecer oír esas palabras?”. En verdad, no le veían ayunar día por medio, como algunos de ellos, ni velar antes del oficio nocturno; además para este oficio se levantaba sólo después de dos nocturnos. No lo veían hacer una sola mortificación, sino que lo veían comer, a veces, un poco de la comida de los enfermos o, si sobraba, una cabeza de pescado u otra cosa por el estilo. En cambio, había algunos que, como dije, ayunaban día por medio desde hacía tiempo, y duplicaban sus vigiliass y se mortificaban. Cuando oyeron la respuesta enviada por el Anciano a un joven que llevaba sólo cinco años en el monasterio, se indignaron, porque desconocían su obra: la obediencia en todo, de manera que ni una sola vez había hecho su voluntad, y tan libre de prejuicio que si el bienaventurado Doroteo le daba una orden en

broma, se alejaba corriendo y la ponía en práctica (*Vida de Dositeo*, 11).

La obediencia de Dositeo es la virtud del hijo que, en ciertas circunstancias, como señaló L. Regnault respecto de la espiritualidad de los monjes de Egipto²⁰, reviste aspecto de niño (*país*), inocente e ingenuo en su obediencia al Padre. Pero es necesario aclarar nuevamente: la obediencia no es valiosa porque hace fuerte al monje, sino porque lo hace hijo, y lo pone en relación plena con el Padre en un dinamismo que siempre tiene un paso más para crecer y progresar, pues sólo se consume con la plena vida filial del cielo. La *paideia* monástica no encierra al monje en sí mismo, tal como les sucedía a los compañeros de Dositeo, llenos de virtudes ascéticas, sino que lo abre en un continuo trato con el Padre y su voluntad, de donde le viene la vida de hijo (*paidós*). Dositeo, tal como decía la *anáfora de Jerusalén* que arriba citamos, y que es la que seguramente él conoció en Gaza, vive su Cruz, su tuberculosis, como una *paideia*, y por eso su muerte, como la de Cristo, es un acto filial: le pide “permiso” al anciano Barsanufio para partir, pues ya no soportaba más el dolor. Y Barsanufio le dice “vete en paz” y Dositeo muere en un acto filial de obediencia a Dios. Había aprendido la *paideia* de la *anáfora* eucarística. Por otra parte, su biógrafo agrega al final del texto un dato que no es de despreciar: la plena vida filial con Dios es la que abre las puertas a la auténtica filiación humana, impidiendo que caiga en cualquier infantilismo o sujeción falsa, pues sana esa relación en su raíz y la hace plena en Cristo²¹. De ninguna manera la *filiación* divina entorpece la humana, al contrario, le devuelve a la obediencia su riqueza humana, del mismo modo como hace de la caridad fraterna su expresión natural, pues parte del reconocimiento de la común filiación al Padre que está en los cielos.

Finalmente, la *anáfora* eucarística mantuvo siempre clara, en la conciencia de los cristianos, esa direccionalidad de toda la historia de la

²⁰ Es interesante notar cómo ya en los *Apotegmas* del desierto de Egipto, en el siglo IV, se habla de este ideal de infancia espiritual, tal como vuelve a ser presentado en el siglo XIX por la Doctora de la Iglesia Teresa de Lisieux (cf. REGNAULT, L., *L'enfance spirituelle dans les Pères du désert*, en *Vie Thérésienne* 45 [1972]). San Benito ve al monje como un niño en brazos de su madre (*Regla* cap. 7,3).

²¹ El texto de la *Vida* dice así: “Como he dicho, murmuraban algunos de la despedida pronunciada por el Anciano, porque ignoraban su práctica admirable (de la obediencia). Pero Dios quiso manifestar la gloria que le había reservado a causa de su santa obediencia, y el carisma que tenía el bienaventurado Doroteo, todavía discípulo, para salvar almas; él, que había encaminado a Dositeo hacia Dios” (*Vida* 13).

salvación, del misterio eucarístico de la Misa y de la vida espiritual de todo bautizado, hacia la formación de Cristo en nosotros (*Col* 1,27), pues es el único a quien corresponde, en verdad, el nombre de hijo, como decía san Pablo a los Gálatas:

¡Hijitos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros (Ga 4,19).

La *paideia* cristiana y el origen de los monasterios

De todo lo anterior se sigue que la *paideia* tiene como único autor a Dios, que se revela como Padre y llama a los hombres a vivir una relación filial. Sólo Él es el autor, el hombre puede colaborar imitando su *paideia* a través de la corrección. Y eso fue lo que buscaron los legisladores monásticos.

Como decíamos arriba, no fue Gregorio de Nisa –como afirma Jaeger–, sino su hermano Basilio quien escribe las reglas de la nueva *paideia* cristiana. En efecto, en sus reglas deja reflejado el nuevo modo de vida que corresponde a los que, en el Bautismo, fueron hechos hijos de Dios. Y por eso, antes de presentar las normas de vida en que se concreta el espíritu de filiación divina, señala en la Introducción a las *Reglas Largas (Platos orón)* esta primera observación que le da el sentido final a toda la observancia monástica:

Para sintetizar, distingo tres disposiciones diferentes que nos pueden llevar inevitablemente a obedecer (a Dios): o nos apartamos del mal por temor al castigo, y estamos en la disposición del esclavo; o perseguimos la ambición de la recompensa, cumpliendo los mandamientos por la ventaja que nos implica, y así nos asemejamos a los mercenarios; o, finalmente, obedecemos por el bien mismo y por amor a Aquel que manda, felices de haber sido encontrados dignos de servir a un Dios tan glorioso y tan bueno, y entonces estamos en la disposición de hijos... ¿Qué hijo, deseoso de complacer a su padre, lo contentará en las grandes líneas, reservándose contradecirle en los detalles? Especialmente porque se acordará de las palabras del Apóstol: *¡No contristéis al Espíritu de Dios, cuyo sello ha sido impreso en vosotros (Ef 4,30)*²².

Esta distinción en tres estados: esclavo, mercenario e hijo, no sólo señala la meta de toda la vida espiritual del monje, sino que clarifica la marcha del crecimiento en la fe y, a su vez, hace comprender el porqué de tantas cosas concretas que se viven en la vida monástica y que cambian radicalmente de sentido según el espíritu (de esclavo, de mercenario o de hijo) con que se las vive. No se trata de un mero sentimiento, sino de una realidad muy concreta cuyos pilares son, tal como vimos en estos textos: la humildad, la caridad y la obediencia filial. Lo valioso de estas reflexiones es que Basilio, como los otros legisladores monásticos, hace de la *paideia* humana un sacramento de la *paideia* divina, cuya figura paterna asume el superior a los ojos de estos grandes maestros.

Basilio considera que la vida del hombre es una gran *paideia*, que lo va acompañando a lo largo de todos sus años, y que lo abarca desde la infancia hasta la vejez. Por eso se pregunta:

Pregunta 15: ¿Desde qué edad debe permitirse que se entreguen a sí mismos; o a partir de cuándo se puede considerar que la profesión de virginidad es firme y estable?

Respuesta: El Señor dice: “Dejen que los niños (*paidía*) vengan a mí” (*Mc* 10,14), y el Apóstol Pablo alaba al que desde la infancia había aprendido las sagradas letras, y también ordena que los hijos sean educados en la doctrina y en la corrección (*ad corrigendum-paideia*) del Señor (*Kyríou*; *2 Tm* 3,16); por tanto, consideremos que todo tiempo es oportuno, aún desde la primera edad, para aprender el temor y la enseñanza del Señor.

Para Basilio el monasterio tiene como meta la ciencia más elevada acerca de Dios: su paternidad. Y los superiores, al hacerse instrumentos de esa *paideia-correptio* divina, no deben confundirla con sus posibles falsificaciones, como puede ser la corrección por simple enojo:

Pregunta 50: ¿Cómo debe corregir y argüir el superior?

Respuesta: El superior no debe corregir con el ánimo turbado, pues contestar al hermano con ira e indignación no lo libera del pecado, sino que lo hace contumaz, como está dicho: *Con mansedumbre corrija (paideuónta) a los que se rebelan (1 Tm* 2,25).

Basilio recurre dos veces a las exhortaciones que Pablo da a Timoteo para definir la *paideia* cristiana como un proceso de corrección que señala la ciencia suprema que todo superior debe enseñar, como

Cristo mismo enseñó a sus discípulos. Y es importante notar cómo para Basilio, que refleja toda la tradición monástica que le precede, la corrección hecha con espíritu paterno es lo único que libra al hijo del pecado. La *paideia* logra lo que la misma ascesis del monje no logra por sus solas fuerzas.

La vida monástica, tal como la presenta san Basilio, es el lugar donde el cristiano se somete a la *paideia* divina, que se manifiesta en la corrección fraterna y de los superiores. Sin embargo Basilio sabe que esa *paideia* de ningún modo se resuelve por un tema institucional, de prácticas y, menos todavía, de estudios y lecturas. Y, además, tiene siempre el peligro de ser reducida a una simple *paideia* humana, tal como vivían los fariseos sus virtudes, no como hijos para agradar al Padre que mira en lo secreto (cfr. *Mt* 6), sino a los hombres:

Ahora bien, si alguno cumple esa voluntad (de Dios), pero no del modo que Dios quiere ni con la disposición de amor de Dios, es en vano que se fatigue. El Señor mismo le dice: *En verdad, aquellos que obran para ser vistos por los hombres, ya han recibido su recompensa (Mt 6,5)*. Del mismo modo que san Pablo pudo decir: *Incluso si yo distribuyese todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, no me sirve de nada (Rm 10,14)*²³.

Como se ve en esta última reflexión, para Basilio, la *paideia* no tiene por objeto llevar al hombre del mal al bien, sino de lo humano a lo divino. De la condición de criatura a la filiación divina. Y es de este espíritu filial de donde brotan, de modo auténtico, las grandes virtudes del cristiano, tal como las enumera san Pablo en sus cartas: libertad, caridad, magnanimidad y pureza de corazón.

7. La *paideia* en el mundo latino: Agustín de Hipona, Benito de Montecasino y Gregorio Magno

a) San Benito

San Benito, en la mitad del siglo VI, conoce y recomienda la lectura de “la *Regla* de nuestro padre san Basilio” (*RB*, c. 73,5), y elabora un código de *paideia* correccional que, en sus momentos más álgidos, tiene a Basilio como inspirador²⁴. De los 73 capítulos de la *Regla*, 27 tratan el

²³ *PG* 31, 895.

²⁴ Por ejemplo *RB* 69 y *Regla latina* 26.

tema de la corrección, mientras que la liturgia se limita a 12 capítulos. Sin embargo la corrección paterna, que conlleva la concepción de la *paideia* bizantina, no se limita a ellos. En efecto, la figura paterna del superior (c. 2 y 64), y la humildad del *páris* (c. 7,1-4), aparecen a cada momento, desde el comienzo de este texto legislativo, que dice:

“Escucha hijo, los preceptos del maestro, e inclina el oído de tu corazón. Recibe con gusto la admonición de un padre piadoso... que Aquel que se dignó contarnos en el número de sus hijos, no tenga nunca que entristecerse por nuestras malas acciones” (*Prol.* 1-5).

La figura paterna de Dios es la que domina todo el cuadro de relaciones del monje con sus superiores y sus hermanos:

«Un abad digno de presidir un monasterio debe acordarse siempre de cómo se lo llama, y llenar con obras el nombre de superior. Se cree, en efecto, que hace las veces de Cristo en el monasterio, puesto que se lo llama con ese nombre, según lo que dice el Apóstol: *Recibieron el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: “Abba, Padre”* (Rm 8,36)» (*Regla*, cap. 2,1-3).

Se ha dicho que los monjes, al llamar al abad “padre” (como a los sacerdotes se los llama “padres” en las parroquias), han ido contra el pedido de Cristo que dijo “a nadie llaméis padre, porque uno solo es vuestro padre, el del cielo” (*Mt* 23,9). Sin embargo lo hicieron porque veían en la figura del mediador humano la total transparencia del padre divino²⁵. Por eso vieron también que la *paideia* era siempre una obra de Dios, del Padre del cielo, aunque la realicen los hombres.

Y al definir la tarea del Padre de la comunidad, san Benito lo hace en términos de corrección, como Pablo instruía a Timoteo:

“El abad debe, pues, guardar siempre en su enseñanza, aquella norma del Apóstol que dice: *Reprende, exhorta, amonesta* (2*Tm* 4,2), es decir, que debe actuar según las circunstancias, ya sea con severidad o con dulzura, mostrando rigor de maestro o afecto de padre piadoso. Debe, pues, reprender más duramente a los indisciplinados e inquietos, pero a los obedientes, mansos y pacientes, debe exhortarlos para que progresen; y le advertimos que amoneste y castigue a los negligentes y a los arrogantes” (*Regla*, cap. 2,23-25).

²⁵ San Benito, en el capítulo de la obediencia, presenta dos veces la palabra de Cristo que dice: *Quien a vosotros oye, a mí me oye* (*Lc* 10,16; cf. c.5,6. 15).

En este pasaje san Benito cita las cartas de Pablo a Timoteo para referirse a la *paideia-correptio* que debe obrar el superior. En estas cartas Pablo alterna el uso de los términos *paidéuô* y *elénjô*²⁶ para referirse a la tarea del obispo, y de allí pasó a ser un lugar común en todo tratado referido a la tarea del pastor²⁷. En la cita de san Benito, que acabamos de presentar, el verbo usado es el segundo. Lo específico del abad como padre es, a las claras, la *correptio*, con toda la riqueza de matices que tiene la paternidad:

“No disimule los pecados de los transgresores, sino que, cuando empiecen a brotar, córtelos de raíz en cuanto pueda, acordándose de la desgracia de Elí, sacerdote de Silo. A los mejores y más capaces corríjalos de palabra una o dos veces; pero a los malos, a los duros, a los soberbios y a los desobedientes reprímalos en el comienzo del pecado con azotes y otro castigo corporal, sabiendo que está escrito: *Al necio no se lo corrige (paidéuô) con palabras (Pr 29,19)*, y también: *Pega a tu hijo con la vara, y librarás su alma de la muerte (Pr 23,14)*” (*Regla*, cap. 2,26-29).

En este pasaje, en el que cita dos veces el libro de los *Proverbios*, aparece las dos veces el verbo referido a la *paideia*; en la segunda cita queda implícito en la frase anterior y subsiguiente (*Pr 23,13: No aborres la “paideia” al niño: pega a tu hijo con la vara y librarás su alma de la muerte*)²⁸.

²⁶ Los pasajes en que usa *paidéuô* en el sentido de *correptio* son: 1 *Tm* 1,20; 2 *Tm* 2,23; 2 *Tm* 2,25; 2 *Tm* 3,16.

²⁷ Como dice el texto paulino, la tarea del pastor es, bajo distintos aspectos, la de corregir. Los tres términos (reprende, exhorta, amonesta) se refieren a esa tarea tan rica de la *paideia*. Sin embargo esta tríada se enriquece cuando se traduce el segundo verbo (*parakaléô*) como “consuela”, en lugar de “exhorta”. Toda corrección, como prevé san Benito en el c. 27 de su *Regla*, hace necesaria la consolación, pues produce un profundo sentimiento de soledad en quien la recibe. Y “consolar” significa esencialmente “estar con el solo” (*cum-solus*). En la *Regla latina* de Basilio, traducida por Rufino, encontramos esta traducción (cf. *Cuestión 16*).

²⁸ La *Regla del Maestro*, en su Prólogo, presenta la *regula* que va a escribir como un instrumento de *disciplina-paideia*, que orienta toda la vida del monje hacia la filiación divina. Para ello cita el salmo 2 (*los gobernarás con cetro de hierro*, Prol. 24) que, en su versión griega, dos veces habla de la *paideia* que deberán aprender los reyes y las naciones por parte del “hijo” (v. 10b y v. 12a), sobre el que la voz divina proclama: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy* (v. 7). Esta perspectiva de la *Regla* como “corrección” vuelve a aparecer en los autores cistercienses del siglo XII. Un pasaje de san Bernardo dice así: «*Si camino en sombras de muerte no temo, porque tú estás conmigo (Sal 22,4)*. ¿De dónde viene esta confianza? Porque la vara de tu corrección y el báculo de tu apoyo me consuelan. Y aunque me corrijas y reprimas mi soberbia hasta el polvo de la muerte, socorres mi vida y me sostienes para que no me hunda en el lago de la muerte. No debo indignarme por la disci-»

Para san Benito, igual que para Basilio, la *paideia* es la ciencia de Dios, en cuanto Padre, y que el hombre debe conocer y, en la medida de sus posibilidades, imitar. Y por eso, una condición fundamental para poder trasmitirla, es vivirla. Y por eso san Benito le exige al mismo abad la necesidad de vivir en la *paideia* de Dios, también él como un hijo:

“Por tanto, cuando alguien recibe el nombre de abad, debe gobernar a sus discípulos con doble doctrina, esto es, debe enseñar todo lo bueno y lo santo más con obras que con palabras. A los discípulos capaces proponga con palabras los mandatos del Señor, pero a los duros de corazón y a los más simples muestre con sus obras los preceptos divinos. Y cuanto enseñe a sus discípulos que es malo, declare con su modo de obrar que no se debe hacer, no sea que predicando a los demás sea él hallado réprobo, y que si peca, Dios le diga: *¿Por qué predicas tú mis preceptos y tomas en tu boca mi alianza?, pues tú odias la disciplina (paideia) y echaste mis palabras a tus espaldas (Sal 49, 16-17) y Tú, que veías una paja en el ojo de tu hermano ¿no viste una viga en el tuyo? (Mt 7,3)*” (*Regla*, c. 2,11-14).

Y esa ciencia de la paternidad es la que Cristo revela en el evangelio. Desde los comienzos de la Iglesia, los cristianos vieron en el texto de *Mt 18*, llamado “discurso eclesialístico”, la disciplina de la nueva Iglesia: está compuesto con indicaciones sobre la corrección y el perdón. Y para darse cuenta del valor que atribuían a este capítulo basta recordar que ellos decían que en él estaba “el precepto del Señor”: *Si tu hermano peca, ve y corrígelo en secreto (Mt 18,15)*. Como heredero de esa gran tradición san Benito, al comenzar su código de la corrección, dice:

«Si algún hermano es terco, desobediente, soberbio o murmurador, o contradice despreciativamente la *Santa Regla* en algún punto, o los preceptos de sus mayores, sea amonestado secretamente por sus ancianos una y otra vez, según “el precepto de nuestro Señor” (cfr. *Mt 18,15-17*). Si no se enmienda, repréndasele públicamente delante de todos. Si ni así se corrige (*correxerit*), sea excomulgado, con tal que sea capaz de comprender la importancia de esta pena» (*Regla*, cap. 23,1-3).

plina del Señor ni tampoco debo indignarme cuando soy reprendido por Él. Sé que *para los que aman a Dios, todo es para el bien (Rm 8,28)*... pues *toda la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rm 8,20)*» (*Sermones Varii, In Adventu: “De Triplici inferno”, 10-11*).

En el capítulo 18 de *Mateo* la Iglesia siempre vio esa disciplina de la corrección paternal, brotando de la misma boca del Señor. En él se emplea principalmente el término griego *elénjô*, que es hermano, como hemos señalado, de *paidéuô*. Sin embargo, si se mira en detalle, todo ese sermón sobre la corrección comienza con una referencia a la *paideia*:

En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: “¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?” Él llamó a un niño (paidíon), le puso en medio de ellos y dijo: “Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños (paidía), no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se humille (tapéinosis) como este niño (paidíon), ése es el mayor en el Reino de los Cielos” (Mt 18,1-4).

Este es el primer principio que Cristo establece para preceder toda la disciplina correccional que encierra su discurso eclesiástico: ser como un *páis*. Sin esta disposición es imposible recibir la *paideia* de Dios. San Benito mismo, en el gran capítulo de la humildad, presenta al monje como un niño en brazos de su madre (cap. 7,3) y, al final del mismo, enseña el recorrido espiritual del monje y del cristiano, que va del temor servil al amor filial (c. 7, 67-70)²⁹, tal como lo presentaba san Basilio en la introducción a su *Regla*. Es sabido que esta doctrina viene del apóstol Juan, quien en su primera carta presenta el itinerario espiritual de quien quiere vivir como un hijo de Dios (cap. 3), y que para ello se debe superar el temor servil, que es expulsado por el amor perfecto de los hijos (cap. 4,18).

Finalmente, en el centro mismo de esos capítulos de la corrección (23-30), san Benito trae a la memoria otro texto de ese capítulo 18 de *Mateo*:

“Imite el ejemplo de piedad del buen Pastor, que dejó noventa y nueve ovejas en los montes, y se fue a buscar una que se había perdido. Y tanto se compadeció de su flaqueza, que se dignó cargarla sobre sus sagrados hombros y volverla así al rebaño (Mt 18,12-14)”, (Regla, cap. 27,8-9).

Este es, según el Señor mismo, el sentimiento que tiene un padre con sus pequeños:

De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños (Mt 18,14).

²⁹ Casiano expone la misma enseñanza en la *Colación* 11,11-13. Doroteo lo hace en la *Conferencia* 4.

Sin embargo, y tal vez sea éste el aporte más importante de san Benito a la doctrina de la *paideia*, una parte fundamental de la ciencia de Dios, como Padre, es el perdón. Y ese perdón, tal como señalaba el texto del buen Pastor, significa cargar uno mismo con el pecado del hijo, como si fuese propio³⁰. Este aspecto fue el mejor desarrollado por la escuela monástica de Gaza que, en un pasaje de la vida del joven Dositeo, dice así:

«Como el abad había deputedo al bienaventurado Doroteo para que hablara con él (Dositeo), lo examinó cuidadosamente; el joven no decía más que: “Quiero salvarme”. Volvió, pues, y dijo al abad (Séridos): “Si quieres recibirlo, no temas. No hay nada malo en él”. El abad le dijo: “Hazme la caridad de tomarlo contigo, para que se salve, porque no quiero que esté junto con los hermanos”. Doroteo se excusó largamente y dijo: “Recibir esta carga supera mi condición: no es a mi medida”. El abad replicó: “Yo llevo tu carga y la de él, no te aflijas”. Entonces dijo Doroteo: “Puesto que lo quieres tanto, consulta al Anciano”. Y le respondió: “Está bien, le hablaré”. Fue a decirlo al Gran Anciano y éste manifestó la revelación siguiente acerca, de Doroteo: “Acéptalo, por ti lo salvará el Señor”. Lo recibió entonces con alegría y lo tuvo consigo en la enfermería. Su nombre era Dositeo» (*Vida* 4).

En esa cadena de mediaciones humanas se hace presente la *paideia* divina con la imagen de un Padre (abba) que carga con las miserias del hijo, del mismo modo como el Siervo sufriente carga la corrección (*paideia*), que trae la salvación a los pecadores (*Is* 53,5). Toda la *Regla de san Benito*, y su vida, son un ejemplo de esta actitud paternal³¹.

³⁰ San Benito habla de ello tanto en los capítulos sobre el abad (c. 2 y 64) como en los que se refiere a la corrección (caps. 23-30), y cuando trata explícitamente del perdón (caps. 44-46).

³¹ Se ha conjeturado mucho acerca de la sacramentalidad del perdón que el abad, como representante de Dios Padre, da al monje. Como se sabe, en tiempos de san Benito el perdón sacramental sólo se podía recibir una vez en la vida y, por eso, este perdón que el abad da a aquellos que confiesan y reconocen sus culpas (c. 7,44-48), de manera reiterada, desconfierte en cuanto no coincide con la práctica de la Iglesia. Sin embargo, por lo que dice la *Regla del Maestro* al penitente que satisface –“mira hermano, mira de no volver a pecar de ahora en más, no seas que tengas que hacer satisfacción de tu pecado por segunda vez, y por eso serás contado entre los herejes” (c. 14,68)–, creemos que estos abades estaban muy seguros del carácter eclesial y sacramental del perdón otorgado al monje pecador, en el seno de la comunidad.

b) San Agustín

Sin embargo, junto con la *Regla* latina de Basilio, Benito tiene otro antecedente en esta doctrina de la *paideia-correptio*. Se trata de san Agustín de Hipona. Éste trata de la corrección por primera vez, y de forma bien extensa, en su disputa con los donatistas. Sin embargo, al fin de su vida, un conflicto entre los monjes de Adrumeto lo lleva a escribir su última obra sobre la gracia, que tiene por título *De Correptione et Gratia*, y es considerada una síntesis de todo su pensamiento³². Nuevamente el principio general es que la *paideia* es una obra divina, y que el hombre la puede impulsar por el proceso de la *correptio*. En los párrafos finales de esta obra encontramos una síntesis de los grandes temas agustinianos de la gracia, el libre albedrío, la predestinación, todos iluminados por esta *paideia* correctiva de Dios:

“Por eso, en cuanto nos compete, y como no podemos discernir quiénes son predestinados y quiénes no, y queremos que todos sean salvados, con todos debemos usar una severa corrección (*correptio-paideia*), en forma medicinal, para que no perezcan, o bien no hagan perecer a otros. A Dios corresponde hacerla útil para aquellos que predestinó a ser conforme a la imagen de su Hijo (Rm 8,29)”³³.

Para Agustín la predestinación es el llamado a ser conformes al Hijo eterno (*páris Theou*). Y responde de modo muy simple a la pregunta “¿a quién predestinó Dios?”: a quienes aceptan la corrección, instrumento de la acción paternal de Dios. Y esa corrección reviste la forma de la Cruz. Siguiendo muy de cerca las enseñanzas de san Pablo, para Agustín, la *gracia de Cristo* actúa corrigiendo, es decir, configurando al cristiano con el Espíritu del Hijo que clama en su interior: *¡Abba, Padre!*

«Todo esto también puede entenderse así: *Dios quiere que todos los hombres se salven*, porque nos lo hace querer así, pues *envió el Espíritu de su Hijo que clama: “¡Abba, Padre!”* (Ga 4,6). Del mismo Espíritu dice en otro lugar: *Hemos recibido el Espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: “¡Abba, Padre!”* (Rm 8,15). Somos nosotros los que gritamos, pero se dice que es Él quien grita, por-

³² TRAPÈ, A., *S. Agostino: Introduzione alla dottrina della grazia*, vol. II, Roma, 1990, 319-320.

³³ *De correptione et gratia* 16,49.

que nos hace gritar a nosotros... del mismo modo puede decirse que es Dios quien quiere (nuestra salvación), porque hace que nosotros la queramos. Y al corregir, es esto lo que debemos buscar»³⁴.

Para san Agustín el misterio de la predestinación es la aceptación libre y personal del hombre de esa relación filial con Dios que obra el Espíritu divino. Y ese movimiento de la libertad viene por el camino de la *correptio-paideia*.

Aquellos que hacen las veces de Cristo en la Iglesia, obispos, superiores religiosos, deben aplicar la *paideia-correptio*, que tiende a formar la imagen filial divina en el hombre.

En estas obras sintéticas del fin de su vida, Agustín traza un itinerario de la vida del hombre en el mundo que será retomado por san Benito 150 años después. Partiendo del primer principio moral evangélico —*apártate del mal, obra el bien*—, san Agustín hace manifiesto que todo el camino de conversión del cristiano reviste la forma de una *correptio* y *emendatio*. Ella puede ser obra de la providencia paternal de Dios, o bien ejecutada por sus vicarios en la Iglesia, pero, en cualquier caso, siempre apunta a restablecer la relación filial del hombre con Dios *hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo (Ef 4,13)*. Es por eso que estos grandes doctores de la Iglesia no temían que la *paideia* redujese al cristiano a un estado infantil. Al contrario, la recepción de la *paideia* humana lleva de un modo natural a la figura de Dios Padre, y de ningún modo encierra en la simple dimensión humana. Por otro lado, ellos veían que el rechazo de la *correptio-paideia* genera en el hombre un estado de infantilismo que lo hace incapaz de recibir incluso la más pequeña corrección en su vida, y se transforma entonces en conflicto con los que lo rodean y cerrazón total ante Dios, como sucedía con los fariseos que no querían oír a Cristo³⁵.

c) San Gregorio Magno

También Gregorio hereda la concepción de la *correptio* divina como una *paideia*. Fruto de su conocimiento del mundo bizantino, por haber sido el delegado del Papa en Constantinopla, Gregorio presenta a

³⁴ *De Correptione et gratia* 15,47.

³⁵ San Agustín desarrolla el tema de la corrección en el cap. IV de su *Regla* llamada *Praeceptum*.

Job como modelo del hombre que es corregido para alcanzar la filiación con Dios. En efecto, en la carta de dedicación de la obra a su amigo Leandro de Sevilla, le dice que ese hombre, Job, representa a todo hombre, y a sí mismo, aquejado por tantas enfermedades y dolencias:

“Cuando el cuerpo es usado para el sufrimiento, la inteligencia, debilitada, busca con dificultad cómo expresarse. Ya hace muchos años que lo siento, y sufro frecuentemente dolores en el estómago; me siento todo el tiempo abatido, a toda hora, en todo momento, a causa de mi estómago enfermo; me siento acosado por la fiebre, pequeña, pero continua. Pero en todas estas cosas medito lo que dice la Escritura: *Dios castiga (paidéuô) a todo hijo que recibe como tal (Hb 12,6)*” (Carta 5).

El ejemplo de Gregorio nos permite percibir que la *paideia*, como *correptio*, no se limita a llevar al hombre del mal al bien. También se trata de llevarlo de lo humano a lo divino. Sabemos de los sufrimientos del justo Job, y también nos enteramos de las dolencias del santo Papa Gregorio. Lo que ahora sabemos también es que por ese camino encontraron el misterio de la filiación divina que, según la misma *Carta a los Hebreos*, es lo único que permite sobrellevar esa cruz tan extraña. Y en ambas historias, la de Job y la de Gregorio, se realiza y se hace actual esa economía de la salvación que presenta la *anáfora* eucarística.

En las *Morales sobre Job*, Gregorio hace un aporte muy importante a la doctrina de la *paideia*. En este libro presenta la *compunctio cordis*, o *penthos* en el mundo griego, como el fruto más acabado de la *correptio* divina, que toca el corazón del hombre por el dolor y lo abre a la vida de la filiación con Dios³⁶, tal como sucedió con los primeros israelitas que, compungidos por sus palabras, pidieron el bautismo (cfr. *Hch 2,37-39*).

Sin embargo es en la *Regla Pastoral*, modelo para la conducta de los pastores, donde presenta desarrollada la *disciplina* de la *correptio* como una *paideia* que debe desplegar el pastor, siguiendo las indicaciones que Pablo da a Timoteo³⁷. Y lo que Gregorio pide es que los pastores sepan participar de la ciencia divina de la *paideia*, de modo que la *correptio*, que

³⁶ *Morales* 23,40-41. Cf. MORIN, G., *L'Idéal monastique et la Vie chrétienne des premiers jours*, Maredsous 1944, 13-28. En el segundo libro de los *Diálogos* presenta a san Benito que, tocado por la compunción, vuelve sobre sí mismo como el hijo pródigo (*Lc 15,17-20*), y recuerda su condición filial perdida (cf. *II Diálogo*, 3,5-10).

³⁷ Esta obra de Gregorio está fuertemente influenciada por los *Sermones sobre los Pastores* de san Agustín, que desarrollan la misma perspectiva “pastoral”. Ver especialmente el *Sermón* 46,11-12.

todo hombre sufre por la presencia de la Cruz en su vida, sea fuente y causa de esa filiación divina que vino a revelar el Señor:

“Es necesario decir a los que sufren que deben sentirse hijos de Dios, por el mismo motivo por el que reciben el flagelo de la disciplina que castiga (*flagella disciplina castigant*). Pues si Dios no pensase en darles la herencia al corregirlos (*correptio*), no se ocuparía de ellos para instruirlos con la tribulación. Es por eso que el Señor le hizo decir a Juan por medio del ángel: *Yo corrijo a los que amo (Ap 3,19)*. Y además: *Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor; ni te desanimes al ser reprendido por él. Pues a quien ama el Señor, lo corrige; y azota a todos los hijos que reconoce (Pr 3,11-13, LXX), (Hb 12,5-6)*... Y Job clamaba en su dolor: *Si he sido justo, no levantaré la cabeza, saciado como estoy de penas y sufrimientos (Jb 10,15)*”³⁸.

En este pasaje el gran papa aúna las dos citas bíblicas que hemos presentado arriba. Y es para decir que la tarea fundamental del pastor es hacer que, en la corrección y en la tribulación, los hombres se den cuenta de que Dios los trata así para hacer de ellos hijos, y por eso se trata de una *paideia*, de una filiación divina que tiene, como instrumento privilegiado, el desconcertante camino de la cruz, tal como Gregorio con la cita final de Job.

Conclusión

La *paideia*, para los cristianos que vivieron dentro del mundo greco-romano, conservó siempre su distintivo específico, cuya raíz está en el Antiguo Testamento, pero que tiene en Cristo su realización más grande, como el *paidós* que revela la vida filial con Dios. La constitución de esa relación filial reviste la forma de una *paideia-correptio*, que manifiesta todas sus implicancias en la Cruz que el Hijo acepta de su Padre como camino de recepción de la misma vida filial. Esto tiene un reflejo muy patente en la vida de los primeros mártires, prototipo de toda vida filial, en la que las primeras generaciones de cristianos contemplaron el modelo de divinización del hombre.

En cuanto a lo señalado en el enfoque de W. Jaeger, que ha marcado tanto a los estudiosos de estos siglos patrísticos, podemos concluir, siguiendo los mismos parámetros de la cultura griega: Jaeger presenta el

³⁸ *Regla Pastoral*, 3,12.

objeto material de la *paideia* cristiana y monástica, pero olvida su objeto formal. La constitución de una cultura cristiana y de un modelo de hombre virtuoso no hace a lo específico del mensaje cristiano que, de por sí, no se agota en algo inmanente al sujeto, sino que es un proceso de divinización por el cual Dios, como Padre, configura a cada paso por la *correptio* de la Cruz la figura del hijo en el hombre que la recibe con humildad de niño.

Esta *paideia* viva, pregonada por el evangelio y vivida por los mártires, sufre uno de sus golpes más duros con la transformación del cristianismo en religión de estado, por disposición de Constantino. Con ello, lo cristiano es visto, ante todo, como una cultura y empieza a ser identificado con determinadas prácticas litúrgicas y ascéticas, antes prohibidas y rechazadas, y que ahora son consideradas como lo propio y distintivo de lo cristiano, relegando la *paideia* como vida filial con Dios, a un plano que, en los hechos, es secundario. Ante lo cual sigue siempre resonando la voz viva del *Apocalipsis* que tanto alentó a los primeros mártires:

El que tenga oídos para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias: No eres frío ni caliente... Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas... Yo a los que amo, los reprendo y corrijo [paidéuô kái elénjô; Pr 3,12] (Ap 3,18-19).

Y san Benito repite este mensaje al comenzar su Regla, diciendo a los monjes:

El que tenga oídos para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias (Ap 3,22); y ¿qué dice?: Venid hijos, ¡escuchadme! [Sal 33,12] (RB, Prol. 7-8).

*Abadía de san Benito
C. C. 202 – B6700WAC Luján
ARGENTINA*